

Castelao y el republicanismo gallego en Argentina

Hugo E. Biagini

«O home que anda en Política e teña escrupos en meter as mans na merda, non é un político. O que non debe nunca debe meterse na merda é na conciencia. Ocorre que os políticos coidan máis as mans que a conciencia».

Alfonso Castelao

Re-hacer la América

Al finalizar el siglo XIX, la República Argentina, patria emblemática del cosmopolitismo, ejerció un atractivo tal que llegaría a ser visualizada como los Estados Unidos del Sur. La fe progresista hallaba su respaldo en un crecimiento vertiginoso. El puerto y la ciudad capital, Buenos Aires –aleación americana de Cartago y París–, se convirtieron entonces en el receptáculo de empresas y capitales, productos manufacturados y contingentes humanos que procuraban romper con la estrechez material y con la intolerancia ideológica que padecían en sus tierras, confundándose muchas veces los márgenes entre el exilio, la expatriación y la salida presuntamente voluntaria –las variables políticas, religiosas y hasta sexuales– con los factores económicos y laborales.

Recalan entonces en la Argentina diversos sectores marginados por una política europea discriminante, como fue el caso de los españoles que participaron del sexenio revolucionario (1868-1873), de la Primera República o de otros levantamientos ulteriores. Dichos sujetos ayudan a fortalecer el arduo sendero de democratización y rehispanización por el cual iba a transitar la nación del Plata. Entre esos emigrados republicanos se distingue, en tanto grupo regional propio, un grupo de personajes oriundos de Galicia, como Bernardo Barreiro, Manuel Bares, Indalecio Armesto, Benigno Teijeiro Martínez, Ignacio Ares, Adolfo Vázquez Gómez y César Cisneros Lucas, quien, habiendo intervenido en el movimiento cantonalista de Cartagena, funda hacia 1879 el primer vocero comunitario en su país de adopción con un título bien elocuente: *El Gallego*.

Importa destacar la figura de un gran dibujante y caricaturista, José María Cao, que nació en Lugo en 1862, militó en las filas del Partido Republicano Federal y terminó por trasladarse a Buenos Aires en 1886, donde ingresa en la masonería argentina y actúa con mucho suceso en diferentes tribunas periodísticas de fuste –*Don Quijote, Caras y Caretas, etc.*–, contribuyendo con su pluma acerada y su pincel a desenmascarar las prácticas oligárquicas, a sostener movimientos populares como la revolución de 1890 y a reivindicar los valores regionalistas desde su periódico *El Eco de Galicia*. La imagen de las artes gráficas en estrecha correspondencia con la problemática social, tal como se refleja en la obra de Cao y otros dibujantes españoles transmigrados –Sojo, Mayol, Pellicer *et alia*–, se renueva en la producción figurativa de Adolfo Castelao, el cual pudo atisbar la atmósfera descrita durante su primer tránsito por la Argentina (1896-1900), donde arriba junto a su madre tras haberse embarcado en el puerto de Vilar-garcía con otros doscientos emigrantes más.

Efectivamente, quien iba a ser considerado como el guía por excelencia de los gallegos por excelencia, aquél que pondría su estética en función de la intrahistoria y el bajo pueblo, pasó su pubertad y su primera adolescencia entre los paisanos al sur de la Pampa, donde su padre había logrado asentarse en procura de mejor sustento. De regreso a España –como indianos enriquecidos–, el joven Castelao vertirá su experiencia ríoplatense a través de crecientes testimonios con gauchos mateando y otras escenas alusivas. Ya en 1908 presenta una estampa «La vuelta del che» en el II Salón de Humoristas de Madrid, impresa al año siguiente en la revista *Vida Gallega*, que aludía a la constante migratoria tan caracterizada por lo demás en otras ilustraciones y relatos peninsulares suyos de subido tinte autobiográfico. Por otro lado, va tomando distancia de la exaltación patrioterica que compartió de mozalbetes con muchos compatriotas suyos, a ambos márgenes del Atlántico, identificados con el bando español en la guerra de 1898 y ajenos al reclamo independentista de los cubanos.

Asimismo, Castelao aparecería reiteradamente en los órganos de la colectividad en Argentina, empezando por el *Almanaque Gallego*, donde ilustra la carátula del volumen correspondiente al Centenario, que incluye una autocaricatura y un apunte suyo. Se trataba de una publicación pionera en toda América y cuyo fundador, el pimargalliano Manuel Castro López, enarbó un lema programático –«Todo por Galicia y para Galicia»– que el propio Castelao llegaría a asumir ventajosamente. Este último colabora también en publicaciones de Buenos Aires, como *La Semana Universal* (1912), *Suevia* (1913, 1916), *La Voz de Galicia* (1914,

1920, 1932), *Céltiga* (1926-1932) o en la Exposición de Arte Gallego celebrada en dicha ciudad allá por 1929. En *Céltiga* –una revista quincenal porteña, que con principismo y altura intelectual se abrió a la juventud innovadora de Galicia– saca una larga serie pictórica: *Cousas da vida* (1926 a 1932). Esa misma tribuna reproduce un comentario sobre Castelao como el Orfeo gallego que, en sus intervenciones parlamentarias, sonaba como una música en catalán, castellano o vascuence según fuese la procedencia de los escuchas respectivos.

Con la nueva centuria se va acentuando la incidencia partidaria a nivel continental, pese al fracaso que en España corrieron persistentes intentonas republicanas como la comandada por Manuel Ruiz Zorrilla. Los activos simpatizantes de esa tendencia residentes en suelo argentino deciden establecer una agrupación orgánica, ante las nuevas posibilidades electorales que se insinuaron para ese signo en el ámbito peninsular. Así surge en 1903 la Liga Republicana Española de la Argentina, presidida por Rafael Calzada, quien estructura a su vez desde Buenos Aires una federación americana *ad hoc*, cuyos mítines y declaraciones provocarían más de un escozor a la corona metropolitana. Mas tarde se abrirían otros nucleamientos como el Centro Republicano Español, el Ateneo Pi y Margall, la Federación de Sociedades Democráticas Españolas, la Organización Nacionalista Republicana Gallega y muchas otras agrupaciones de emigrados dispersas por el país.

Paralelamente, fueron incentivándose en España las tesis que reclamaban la autonomía para Galicia, el reconocimiento del idioma gallego y el establecimiento de una federación de pueblos ibéricos. Hacia diciembre de 1931 se funda el Partido Galleguista, con una notoria inclinación antiimperialista, pacifista y proclive al federalismo internacional, bajo la dirección de nuevos líderes como Alejandro Bóveda, Suárez Picallo y el propio Castelao. Éste, tras el golpe de 1936, denuncia la barbarie cometida en su tierra por el fascismo –en sus álbumes *Atila en Galicia*, *Milicianos*, *Galicia Mártir*– e inspira la creación de las Milicias Gallegas en Madrid para resistir la ocupación falangista y la invasión extranjera. Junto con el comunista gallego Luis Soto efectúa una gira en respaldo de la República por la Unión Soviética, Cuba y Estados Unidos. Desde «Yanquilandia» (sic) vuelve a embarcarse hacia la Argentina –después de que fallara su designación como embajador o ministro plenipotenciario de su país en esa nación del Cono Sur–, pero esta vez integrando un elenco disímil: el de los numerosos refugiados políticos españoles que se sumarían a los otros conglomerados humanos perseguidos por el totalitarismo.

La Galicia ideal

Entraban de nuevo en íntima vinculación una nación fracturada como España –tradicionalmente expulsora de contingentes poblacionales– con un país de densa base inmigratoria, la República Argentina, cuya capital hacia 1940 podía ser conceptualizada como el enclave gallego más grande del mundo, pues se concentraban allí cerca de medio millón de personas de ese mismo origen. Además, muchas entidades gallegas, nucleadas en una Federación de Sociedades, se habían solidarizado con la causa republicana y ayudaron al Frente Popular Español, al punto de que la empresa Picardo de tabaco lanzó los cigarrillos «Leales» para juntar fondos con tal propósito. Una gran entidad mutualista, el Centro Gallego, casi no mantendría relaciones por esa época con la España Negra, a la cual no le faltaron simpatizantes dentro de la misma colectividad, pero más aún entre la Iglesia, las fuerzas armadas, el gobierno semifraudulento y el nacionalismo argentinos. En líneas generales, estrechó filas contra el avance del franquismo una amplia mayoría de residentes españoles junto a las organizaciones sindicales y estudiantiles, a los partidos democráticos locales y a la prensa progresista. Si bien se careció del decidido apoyo oficial que obtuvieron los exiliados republicanos en México, existió en cambio un fuerte respaldo popular, llegando a figurar la Argentina entre los países que recaudaron la mayor contribución financiera para la España legal y como una de las naciones de las cuales partieron más combatientes voluntarios en su defensa.

De tal manera, alcanza las costas platenses una nueva pléyade de emigrados españoles constituida por artistas, intelectuales, juristas, catedráticos, científicos, periodistas y editores que gravitarían sensiblemente en la cultura argentina y en el propio desarrollo de las instituciones hispánicas de ultramar. Entre ese fluir hallaron asilo diversos líderes republicanos gallegos como Manuel Cordero Pérez, Basilio Álvarez Rodríguez, Manuel García Gerpe, Álvaro Casas Blanco, Cecilio Bedia Caballería, Elpidio Villaverde Rey, Ramón Suárez Picallo, Antonio Alonso Ríos, José Núñez Búa, Leandro Pita Romero, Gumersindo Sánchez Guisande, Manuel Colmeiro, Rafael Dieste, Arturo Cuadrado, José Otero Espasandín, Luis Seoane, Ramón Valenzuela, Lorenzo Varela y ciertamente el máximo portavoz del galleguismo: Alfonso Daniel Rodríguez Castelao.

Según Castelao, Buenos Aires debía significar, para la libertad gallega, lo que Nueva York representaba para otra nación céltica afín, *i. e.*, Irlanda, junto con el éxodo de su gente. Por lo demás, una grandiosa recepción aguardaría en la metrópoli porteña a ese mito viviente de la Galicia desterrada, quien en su primera alocución radial señala la dificultad de sentirse extranjero en un territorio que era el lugar donde fue criado y donde, a dife-

rencia de otros sitios, se hallaba «redimido de todo dolor de ausencia y de soledad» –no obstante la terrible melancolía que habrá de embargarlo por la falta de su peculiar entorno vernáculo. Más allá de pompas y celebraciones, Castelao asienta su llegada en el libro dorado del Centro Gallego mediante un dibujo alegórico con la silueta de un humilde aldeano –su tipo humano por antonomasia– y la leyenda «O día que saimos de nosa patria».

Pese a su resentida salud y al desfavorable clima político imperante en la Argentina durante los años cuarenta, Castelao realizará desde allí una ímproba labor. En rápida enumeración, se multiplica en discursos y conferencias, funda y participa en revistas y periódicos de la colectividad, pinta cuadros y murales, prologa e ilustra libros ajenos, monta una pieza teatral propia, concluye el primer tomo de su obra cumbre –*Sempre en Galiza*–, difunde su vasta producción previa, polemiza con grandes pares (Luis Jiménez de Asúa, Claudio Sánchez Albornoz, Dolores Ibarruri), impulsa sociedades comunitarias y agrupaciones regionales, emprende diversos viajes y misiones en América Latina y Europa, preside el Consejo de Galicia para la recuperación de la democracia y el reconocimiento de las autonomías regionales en España, integra uno de los gabinetes republicanos en el exilio junto a figuras como Barcia, Ossorio Gallardo y Santiago Carrillo. Entre un largo etcétera, se encuentran los millares de tarjetas dibujadas por Castelao que, desde muchos rincones del planeta, fueron enviadas a las Naciones Unidas con la figura de un paisano entre rejas y la inscripción «El pueblo español en espera de la justicia prometida por las democracias», previendo la perpetuación del régimen franquista tras el triunfo aliado.

La imposibilidad del retorno potenciaría en Castelao el desarraigo vivencial y literario que antes había reflejado en sus dibujos a lápiz sobre los ciegos mendicantes, «Meus compañeiros», un símbolo de la postración gallega. Emergió en él esa falta de pertenencia trasuntada por los intelectuales del desbande que generó la Guerra Civil y el impacto de la coalición fascista en suelo ibérico junto a sus inhibidores coletazos en el mismo territorio receptor, donde aquéllos procurarían rehacer una crítica existencia. Crisis identitaria que se incrementó con desconcierto que ya estaba sufriendo el mundo occidental contemporáneo y que no alcanzó a mitigarse con los sentimientos compensatorios de hallarse en la trastierra o pasando por un interreino provisorio cuya finalización no pudo ser experimentada por la amplia mayoría de quienes, como Castelao, resultaron siniestramente desplazados y encubiertos por el anonimato del franquismo, pese a los diversos canales de expresión que lograron disponer en la sede adoptiva.

La muerte de Castelao en enero de 1950 permitió desmentir rotundamente una peregrina afirmación lanzada por un alcalde de Compostela

sobre que ese pecador separatista –según las huestes del Caudillo– no era acreedor ni de una simple conferencia. En principio, nos queda su autodefinición como «un gallego químicamente puro, infusible al soplete e inatacable por los ácidos»; una imagen que el mismo Castelao aplicó a otro coterráneo suyo, Antonio Alonso Ríos: dirigente agrario, presidente de la Asamblea que en 1931 discutió el estatuto autonomista, diputado a las Cortes republicanas y secretario del Consello de Galicia impulsado por Castelao en Buenos Aires. También puede rescatarse simbólicamente una parte de su cuerpo que más lo enorgullecía y que termina vaciada en yeso, junto a su mascarilla y su cadáver embalsamado: esa mano derecha que, en correspondencia biunívoca con su conciencia, no recibió dinero mal habido y dibujó cientos de caricaturas en favor del campesinado de Galicia.

La extinción de este baluarte contra la violencia y la opresión significó un duelo para los españoles republicanos diseminados por el mundo, para los gallegos y sus organizaciones en particular. Tal como se poetizó, lamentaron los seres animados e inorgánicos de su tierra: desde los caballos y los pájaros hasta las piedras, las hierbas y las simientes:

*Chorando os ventos da Galiza infinda,
chorando os albres e chorando os montes,
chorando as augas-rios, mares, fontes,
eispresan sua dór, seibes ainda.*

La colonia hispana en Buenos Aires le brindó las exequias propias de un presidente de la República en el exilio. Luego, bajo gobiernos más afines que el peronismo a la causa republicana y menos permeables que éste a la España de Franco, se designó una plazoleta céntrica con el nombre de Castelao, donde se levanta su monumento sancionado por el Congreso de la Nación y esculpido por un artista como Fioravanti. El teatro del Centro Gallego lleva también su nombre, al igual que un parque de Morón y una calle de Ituzaingó, otro partido bonaerense. Asimismo, es en la Argentina donde comienzan a proliferar los trabajos y homenajes en su memoria. A los 25 años de su fallecimiento fue recordado allí como «el más humano de los gallegos y el más gallego de los hombres».

Dicha cadena evocativa sería retomada *ad libitum* con el retorno de la democracia en España, donde se divulga plenamente su obra y se suceden los encuentros y publicaciones en torno suyo, creándose a su vez un museo y una fundación para ocuparse de ese hijo dilecto y cuasi mesiánico de Galicia. Los tributos de la patria adoptiva se han mantenido vigentes incluso a través de los medios modernizantes, toda vez que el grupo porteño

Nos, bajo la supervisión de Jorge Prelorán y el guión de Antonio Pérez Prado, produjo un ambicioso vídeo sobre la trayectoria existencial de Castelao acompañado por el siguiente epígrafe: «Más que un ilustre gallego, un gallego que ilustró al mundo».

El pensamiento vivo

Al incursionar por la cosmovisión que desplegó el Castelao que termina instalándose en su segunda patria, la Argentina, sobresale en primer lugar su propio parecer acerca del conocimiento y la función del intelectual. A la luz de los acontecimientos españoles por los que atravesó —desde el intenso protagonismo popular hasta la represiva feroz maquinaria multinacional—, Castelao desecha el puro activismo, porque tanto los sueños como las ideas son los elementos que permiten trascender la pura facticidad. Sin embargo, la aptitud teórica representa en él una condición necesaria pero insuficiente para acceder al plano axiológico más elevado: la humanización del mundo y la sociedad. No basta entonces con apelar a la especulación doctrinaria ni a la más actualizada erudición, que no van más allá del ejercicio retórico, narcisista o distractivo. El pensamiento debe ser original y sobrepasar las barreras académicas hasta consustanciarse con los problemas existenciales. Se trata en rigor de poner en marcha una praxis valerosa que transforme los anhelos en realidades, que alivie el sufrimiento de los pobres, que despierte la conciencia labriega y marinera.

Aún más, se impone la lucha por el engrandecimiento de la propia Tierra, escrita así, siempre con mayúscula, porque es el único bien divino que heredaron los hombres, un don mágico y creador que hasta puede convertir a los negros en blancos. Muy puntualmente, se plantea la defensa de cada idioma en particular, frente a la obsesión de una lengua universal —análoga al lenguaje animal donde un caballo argentino relincha igual a otro de Bretaña—, que sólo cabe ser admitida como recurso accesorio. Con ello, se plantea la reivindicación de Galicia frente al Estado unitario y centralista, junto a la postulación idiomática del gallego ante quienes censuran su rusticidad y enfatizan su presunto carácter dialectal. El mismo arte no está reñido con la política y alcanza su máxima expresión cuando se lo coloca al servicio del pueblo y de los ideales patrióticos. En síntesis, nos hallamos en medio de una filosofía visceral, hondamente enraizada, como ha solido darse en las vertientes hispánicas preponderantes; con un populismo telúrico y agrarista y con una concepción proclive a la democracia republicana y federal.

Entre sus principales contrincantes se encuentran las derechas españolas, con sus actitudes prebendarias, beatas y pseudopatrióticas. Según las caracteriza Castelaio con un estilo directo, son los que se aíslan del mundo mirándose el ombligo, los señoritos adinerados que pretenden repartir el hambre y tildan de marxistas a las conquistas laborales, los reaccionarios nostálgicos de la monarquía absoluta que califican de antiespañoles a quienes bregan por las libertades constitucionales. Son los rancios parásitos, las plagas que provocaron la guerra civil –el militarismo, el clericalismo y el capitalismo o semifeudalismo–; esas tres fuerzas que hundieron al pueblo español en la barbarie, la ignorancia y la miseria, so pretexto de salvarlo de la infección comunista.

Apuntando al recambio institucional, Castelaio sostiene el derecho que poseían los refugiados de elaborar una plataforma para introducir en España y obtener el eventual respaldo popular. En ese orden de cosas, insiste en la obligación de combatir el cesarismo estatal –importado por déspotas extranjeros– y de convalidar el principio de una república federal, basada en la autonomía integral y consensuada de las nacionalidades, especialmente de Galicia, Euskadi y Cataluña. Con ello se lograría, en lugar de una España única e indivisible, otra múltiple y unida. Dicha reestructuración no supone un fin en sí mismo ni el enclaustramiento administrativo o fronterizo sino una etapa hasta alcanzar otros grados más altos de confederación: la ibérica junto a Portugal, luego la unión con el resto de Europa y por último la integración mundial. Con menor explicitación se encuentra el desiderátum de una democracia más directa y participativa que, superando las cortapisas liberales, no reduzca la soberanía del pueblo al mero acto electoral.

Todo confluye en la preocupación clave de Castelaio: su propia Tierra, entendiéndolo por ésta, pura y exclusivamente, a la mismísima Galicia. A partir de ese eje temático-nutricio, con toda su carga maternal en juego, se construye el aparato conceptual y valorativo del autor. ¿Cuáles serían entonces sus principales acepciones? Tomada en bloque, Galicia equivale a una unidad nacional perfecta y no constituye un ente problemático sino un hecho real, un ser biológico empíricamente necesario, provisto por ello del derecho a la autodeterminación. Este derecho puede fundamentarse asimismo desde otras perspectivas ópticas como la de la identidad cultural, siendo Galicia un fiel ejemplo de lo que Castelaio comprende por tradición: aquello que, lejos de anclar fósilmente en el pasado, late sin dobleces en el instinto de la gente común, en las entrañas del suelo, en el cuerpo sensible del idioma o en predisposiciones artísticas como las que se manifiestan a través de la intuición, el lirismo, las romerías, la muñeira o la gaita.

Dentro de ese conglomerado espiritual aflora un sentimiento arquetípico, para otros una suerte de enfermedad anímica: la Morriña de la Tierra, un

rasgo psicológico propio e irreductible, que no se confunde con la nostalgia y marca los atributos del destierro, el cual supone por un lado el hallarse fuera de la Galicia material, incluso en cualquier otra región española. Por otro, el destierro interior, el peor y más doloroso de todos, que permite aludir, *v. gr.*, a la existencia de expatriados en Galicia, cuando faltan en ella dos bienes primordiales como la libertad y la justicia; pese a que poder vivir y morir en la tierra nativa constituya la suerte más deseable. Se llega así a un mayor delineamiento de la cuestión nacional, pues se circunscribe en definitiva una Galicia determinada: dotada de un talante optimista, utópico, transformador, para el cual «la nada llena de ilusiones será todo».

Políticamente, se está presuponiendo y propiciando la Galicia democrática y antifascista, cuyas soberanas exigencias han sido sustentadas tanto por el nacionalismo progresivo como por las izquierdas, los jóvenes estudiantes, los artesanos y los escritores. Es la Galicia auténtica, la de los labriegos y marineros enfrentada a los poderosos; la que ha dado mucho más de lo que recibió; la de aquellos que juraron morir en el ostracismo antes de pactar con quienes deshonraban a España; la Galicia universal, la que emigra antes de mendigar, el muelle europeo más próximo a América, con su océano de esqueletos en tránsito hacia el Nuevo Mundo; la que en su cabo más próximo a América debe levantar un enorme letrero donde se aduzca que allí empieza y no acaba Europa; el mejor baluarte del republicanismo en el continente americano; la pariente étnica de los países nórdicos pero exenta de su individualismo agudo; la que posee la misión de traer a Portugal a la gran familia hispana; la que no ha tenido el afán imperial de Castilla ni su retrazada urbanidad pero cuenta con un noble ruralismo y una voluntad de ser mucho más que un criadero de carne humana para exportar; la que conducirá los destinos de España, por constituir la única región peninsular que ostenta el sentido indisoluble de la independencia y la unión territorial.

Valoración final

Si se analiza el galleguismo de Castelao de un modo abstracto o deshistorizado, cabe enunciar diversas observaciones con mayor o menor legitimidad. Por una parte, cuestionar cierta impronta esencialista que sacrifica los matices y puede desembocar, *malgré lui*, en un fundamentalismo excluyente, cuando se prioriza siempre lo gallego a lo hispano; cuando se coloca a Castilla como la suma de los males peninsulares, como la anti-España; cuando se equiparan las posturas centralistas de los sectores liberales y republicanos con las demandas esgrimidas por los reductos autoritarios y

monárquicos. Por otra parte, la tendencia a sustancializar las potencialidades colectivas y a efectuar una mística de la tierra y el paisaje como hacedores de la ética nacional se presta a extraer derivaciones irracionales y a silenciar el grado de alienación presente en las mismas masas.

Con todo, si se asimilan los mecanismos defensivos y los ardores controversiales, de pura negación de la negación, que acompañan el ir y el venir de las demandas identitarias por el reconocimiento de la alteridad, la concepción aludida cabe ser rescatada en sus aspectos fundamentales. Específicamente, el abordaje de Castelao sobre la identidad nacional y cultural supera el intelectualismo estéril –mediante una aproximación anticipatoria que se corresponde con los más recientes enfoques sobre el particular–, en cuanto implica un proceso abierto de humanización y democratización, de autoafirmación individual y colectiva, de unidad en la multiplicidad, de igualdades y libertades. Un mérito similar contiene la acentuación de la genuina e inconmesurable variedad que revela España de un pueblo a otro y al mismo tiempo su propuesta para evitar el desmembramiento a través de un Estado único. Por último, su interés por extender idealmente el sistema autonómico hasta alcanzar la confederación mundial junto a su brega para el acercamiento del escarnecido nacionalismo gallego a las izquierdas políticas y sociales, permiten neutralizar las inclinaciones chovinistas.

En resumidas cuentas, debe hablarse de un Castelao inserto simultáneamente dentro de la mejor tradición del regeneracionismo español y como un adelantado del giro que iría efectuando el marxismo hacia la problemática nacional así como de la apertura de los exaltadores de esta cuestión a las premisas sobre la conflictividad social sustentadas por el otro signo ideológico. En esa génesis doctrinaria no ocupa un papel menor la facilidad que tuvo Castelao, gracias a sus compañeros republicanos de la Argentina, para publicar allí una obra de tantas proyecciones como *Sempre en Galiza*, pese a que la censura franquista condenó este libro a una clandestinidad semejante a la que le impuso al habla popular tan enaltecida por su autor.

La desaparición de Castelao en el escenario físico representó un duro golpe para el Partido Galleguista y para la instrumentación de sus objetivos durante el exilio argentino, que no llegó a disponer de un sucesor con su mismo porte. Empero, no puede desestimarse su gravitación en las grandes finalidades propuestas: tanto para la unidad de acción de los emigrados gallegos como para su integración con otras fuerzas regionalistas –por más limitadas y declinantes que ambas intenciones hayan resultado. Muy a largo plazo, la misma estructuración federal y plurinacional del futuro Estado español no se hallaría muy alejada de la prédica de Alfonso Castelao, aunque sin alcanzar su anhelado sello republicano.